

La calle para el jueves 10 de marzo de 2011

Diario de un espectador

Cumpleaños azul

Miguel ángel granados chapa

La siempre citable Suave Patria, el prodigioso poema de Ramón López Velarde, en cada de cuyas líneas hay una imagen o una cadenciosa sucesión de hermosas palabras plenas de significados, menciona el estreno, que en general indica comienzo pero que en la vida cotidiana se refiere al uso por primera vez de una prenda, una cosa, cualquier objeto. Habla de una mexicana y desea que “al estrenar su lujo quede lleno el país del aroma del estreno”.

Un paladeador de la poesía velardiana, cuando llega a las siete décadas de su vida decide darse ese lujo. Ha comprado ropa nueva con la que se ataviará en esta fecha en que se convierte en septuagenario. Es un traje azul marino, su color favorito. Casi no usa prendas de otro color, sólo las que de algún modo se le asemejan, como el gris. Es un gusto que se gestó en los primeros años. Con ese color fue halagado al cumplir su primer decenio, sesenta años atrás.

Era conocida familiarmente su adicción al azul. No siempre podía satisfacerse ese gusto al comprar ropa, porque se adquiría lo que estaba disponible en la tienda de “don Lino”, en el barrio de La Surtidora, que vendía a crédito como se dice hoy, o en abonos como era usual identificar entonces ese modo de compraventa. Por eso cobró especial importancia el azul que rodeó al décimo cumpleaños.

Pantalón, camisa y suéter en distintos tonos de azul integraron el regalo que la amorosa y esforzada madre obsequió para marcar esa fecha especial. Infortunadamente, la alegría que generaba usar el suéter azul no duró mucho tiempo. Un día el propietario lo olvidó en el autobús que lo condujo, de paseo, de Pachuca a la ciudad de México. En aquella capital era necesario portar a menudo la prenda, porque las temperaturas solían descender apenas caía la tarde. Pero a bordo del “camioncito Flecha roja” como reza la canción, lo necesario era despojarse de toda ropa de abrigo, especialmente si al pasajero le correspondía la mala suerte de contar con asiento sólo en la parte trasera.

Los autobuses de segunda clase en aquella ruta estaban compuestos por desvencijadas unidades con el motor colocado en la parte posterior, por lo cuál los llamábamos chatos. Era tenue la frontera entre la máquina y el asiento “de hasta atrás”, como se le identificaba. La fatigosa combustión producía un calor intenso que sólo podía atenuarse quedando en mangas de camisa. El afortunado dueño del suéter azul lo colocó en la repisa que cerraba el motor por arriba, y cuando descendió en la glorieta de Peralvillo, a dos cuadras de la terminal que estaba en la calle de Matamoros, hoy centro del enorme mercado informal de Tepito, lo dejó en ese lugar, y no

reparó en ello hasta mucho tiempo después. Al volver a Pachuca por la noche preguntó si se habría hallado la prenda perdida pero nadie supo darle razón de ella.

Pero esa desgracia ocurrió después del regocijo del décimo aniversario. Ese día el regalo no se limitó al vestuario. La madre del cumpleañosero, que cosía ajeno, hizo para la vivienda (de donde “nos echó fuera el agua”, según decía tal costurera aludiendo a una fétida inundación que generó otros males) cortinas de popelina azul. Cuando al atardecer el sol entraba por las ventanas de ese modo adornadas, los cuartos se azulaban prodigiosamente.

Sólo otro azul, el de unos ojos que miran nuestro presente y nuestro futuro, ha complacido tanto al septuagenario como el de entonces.